

# EL SANTUARIANO

PERIODICO DE INTERESES GENERALES

PUBLICACION MENSUAL

DIRECTOR: EUSEBIO M. GOMEZ R.

El Santuario, 9 de Diciembre de 1929



## Número 105



GENERAL JOSE Ma. CORDOBA

'El Santuariano' consagra la presente edición a este héroe extraordinario, en el primer centenario de su muerte, acaecida en esta ciudad el luctuoso 17 de Octubre de 1829.



## Córdoba

De estos mezquinos tiempos fastidiado  
quito la vista y a la historia miro  
buscando refrigerio, del pasado  
se va irguiendo un coloso a quien yo admiro.

No vió la luz en Grecia y sus facciones  
Fidias propio tomara por modelo:  
hijo de Marte en todas las naciones  
difícil es hallarse un paralelo.

Te dió vida el país de las cascadas,  
de la selva el silencio fué tu arrullo,  
te prestó el cóndor alas esforzadas  
y el León Ibero te negó su orgullo.

¿Quién te enseñó a vencer—adolescente—  
en nueva Arcadia que ignoró la guerra?  
¿la lucha con el tigre y el torrente  
y con las breñas de tu abrupta tierra?

Interrumpió la mirla pregonera  
el clarín que tocaba a generala,  
y, dejando los fierros en la éra,  
volaste a desafiar machete y bala.

¿Y después....?

Bien podemos, a la aurora,  
ver descender el sol entre arreboles,  
mas su luz en cenit, deslumbradora,  
no la pueden mirar sino otros soles.

Ved, en llaneros se tornó el serrano:  
el carácter sujeta la natura,  
da al niño el temple de severo anciano  
y el yugo dobla la cerviz más dura.

Sumido en pasionales infinitos,  
¿qué inquietará al mimado de Belona?  
¿por qué mira al confín y rompe en gritos  
como can que rastrea a la leona?

Hay entre él y Bolívar tierra en medio:  
¡Oh! los genios sin verse se bien quieren,  
y para el mal de amor no hay más remedio  
que unir los corazones, si no, mueren.

El infortunio airado te justiga  
con mil calamidades, ¡tú avanzas,  
teniendo a la constancia por amiga  
cifrando sólo en Dios las esperanzas!

La acertada elección de un buen caudillo  
es asunto vital, tú lo pregonas;  
de ahí tu fama de fulgente brillo,  
tus trofeos, insignias y coronas.

La musa de la gloria, tan avara,  
va a ser rumbosa en prodigarla, y mucho:  
¿no véis que todo un mundo se prepara  
a aplaudir al gran Héroe de Ayacucho?

Orden, rompe la lid, jamás oída,  
también será inaudita la victoria:  
España invicta, quedará vencida.  
¡Trofeo colosal! ¡Tal es tu gloria!

Olimpo y Pasto, el Ríomar, los Andes  
y tres generaciones enlazadas  
te publican por grande entre los grandes.  
¡oh hijo del país de las cascadas!

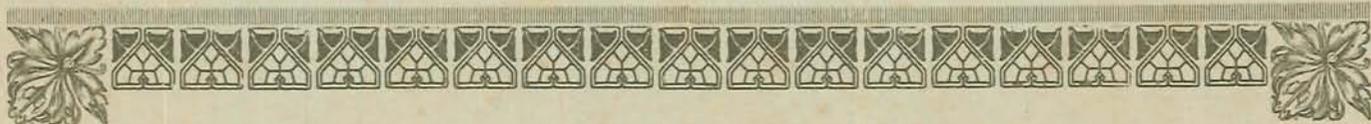
Quen coteje esos tiempos con los nuéstrs  
blancura en negro mirará trocada:  
hacíais y callábais, ¡oh maestros!  
todos critican hoy sin hacer nada;

entonces era "unión" consigna cierta,  
valor y patriotismo, obligaciones:  
ya todo es amargura, odio, reyerta,  
y los pocos patriotas son.... "ladrones".

Quisiera perdonarte, mas no puedo,  
soy algo más que un vil turibulario:  
sí excusaré al inculto de Robledo,  
pero nunca al rebelde del "Santuario".

No eclipsa, no, tus glorias militares  
una flaqueza de hombre, ¿habráse visto?  
¿quién menosprecia al sol por sus lunares?  
¡Sólo hay uno perfecto: Jesucristo!

Fray Gregorio Arcila Robledo



# EL SANTUARIANO

*Periódico de Intereses Generales*

Publicación mensual

Director: EUSEBIO M. GOMEZ

Año "X

El Santuario 9 de Diciembre de

Nº 105

## General José María Córdoba

Es este héroe "el compendio de la gloria militar posible, el héroe por antonomasia", según la expresión del eminente poeta payanés Dr. Guillermo Valencia.

Nació nuestro héroe en la parroquia de Nuestra Señora de la Concepción, Partido de San Nicolás de Rionegro, el 8 de septiembre de 1799, del matrimonio de don Miguel Crisanto de Córdoba y Doña Pascuala Muñoz, descendientes de pura raza castellana. Fué bautizado por el Pbro. Francisco José González. La partida del bautismo dice así: "En la Iga. Nra. Sa. de la Concepción, en 13 de Stbre. del año de 1799, Yo D. Franco. Jphs. González, cura párroco de este sitio bapticé solemnemente según dispone Nra. Sta. Madre la Iga. a un niño q' nació el día 8 de septiembre, hijo legítimo de Don Crisanto de Córdoba y Doña Pascuala Muñoz, vecinos de esta parroquia ya dicha. Le fué puesto el nombre de Jph. M<sup>o</sup> siendo padrino el Presro. Jph Cosme Echeverri, y p. q. conste lo firmo P c Franco. Jph. González".

Esta partida es fiel copia de los libros parroquiales de Concepción.

Recibió el niño José María educación cristiana al lado de sus padres, luego en la ciudad de Rionegro al lado de Don Manuel Bravo, del Sabio Caldas y del Coronel francés Manuel Roergas Serviez.

A la edad de quince años marchó el joven José María en el batallón de conscriptos de Antioquia, al mando de don Francisco Montoya Zapata y don José M<sup>o</sup> Pino. Córdoba, al ser avistado por Serviez, su antiguo maestro, fué elegido edecán de éste con el grado de subteniente.

En la batalla del Palo (5 de julio de 1815) este cachorrillo de león dió sus primeros rugidos, se batió como un verdadero valiente y puso el pedestal de su gloria

militar.

Siguió la época del terror: los ejércitos patriotas tuvieron que emigrar a los llanos de Casanare y luego al Apure. Allí sufrió con resignación los malos tratamientos de Páez y los llaneros. Un día quiso dejar éstos y marchar al campamento de Bolívar, pero fué sorprendido en su fuga y condenado a muerte; oportunas intervenciones lo libraron de ésta y siguió luchando por la Independencia.

El 28 de enero de 1817, Córdoba se batió con su acostumbrada biza-

rría en las llanuras de Mucurritas; después de esto se le permitió pasar al Cuartel General de Bolívar, y por tanto le tocó el sitio de Angostura. Después siguió la campaña libertadora de la Nueva Granada y se batió gallardamente en los campos de Tópaga, Gámeza, Pantano de Vargas y Boyacá.

Pasados estos combates recibió el encargo de libertar las montañas antioqueñas del dominio Ibérico. Entró por las montañas de Oriente. Los españoles huyeron y aquel joven que cinco años antes



Busto del General Córdoba erigido hoy en la Plaza Principal, en el Parque que lleva su nombre.

había marchado de sus patrios lares, volvía cargado de inmarcesibles lauros ganados en las campañas de 1815, 16, 17, 18 y 19. Venía con el nombramiento de Teniente Coronel, de Comandante militar y de Gobernador para organizar el gobierno civil y continuar la lucha hasta expulsar de su territorio las huestes españolas.

Córdoba llegó a su suelo nativo con 160 hombres enfermos y casi desnudos; pero los patriotas marinos, encabezados por su digno Cura el Dr. Jorge Ramón de Posada y Don José Ignacio Botero, Jefe Político del Cantón de Marinilla, por medio de estrategias hicieron huir al Comandante Villalobos (a. Patas blancas) con su guarnición, los que llevaron la noticia a Rionegro, donde el jefe realista Carrizo con su guarnición se dispersó. Esta noticia llegó a Medellín y el Coronel Don Carlos Tollrá, Jefe militar de la Provincia, salió inmediatamente con una escolta de sus veteranos, tomando la vía de Yolombó-Cancán-Nechí. El Dr. Martínez, acompañado del Capitán Villalba, españoles, escaparon por la vía del río Cauca para, por las Sabanas, salir a Cartagena y de allí a Cuba.

Córdoba no se detuvo en Rionegro, tomó la vía de Barbosa persiguiendo a los españoles, pero éstos ya iban lejos.

Los hijos de Oriente se llenaron de entusiasmo con la llegada de Córdoba y hasta infelices viudas presentaron a sus hijos al servicio de la Patria, tales como Doña Simona Duque que ofreció sus cinco hijos, fuera de otros dos que ya estaban en campaña. La digna santuariana Doña Rosalía Gómez de R., marchó hasta Medellín a pie con el fusil al hombro, acompañada de su hijo José Antonio Ramírez al que entregó al Gobernador Don José Manuel Restrepo para que le diera de alta en el ejército; este niño fué el ilustre Comandante José Antonio Ramírez, que sirvió a la Patria durante más de cuarenta años. Más tarde se le quiso recompensar sus grandes servicios y ni él ni su madre quisieron aceptar nada; hermoso ejemplo de desinterés y patriotismo!

Volvamos a nuestro Héroe. Llano de energías organizó tropas para seguir luchando. Y cuando Warleta invadió de nuevo la Provincia pudo Córdoba marchar de Marinilla con 200 hombres: a la cabeza de ellos iba su digno Cura Dr. Jorge Ramón de Posada. Este que-

dó en Santo Domingo con una guarnición, mientras que Córdoba siguió a Yarumal y en Chorros blancos combatió al enemigo, el 12 de febrero de 1820, y así quedó expulsado para siempre de Antioquia el dominio español.

De Chorros blancos siguió Córdoba a Zaragoza por el río Cauca hasta Magangué, luego a Mompox y en seguida a Tenerife. En el combate sobresalió por su valor el joven José Antonio, lo mismo que los dignos hijos de Doña Simona y Ramón Jiménez, como también los santuarianos Vicente Gómez Arbeláez y Anselmo Pineda, quienes fueron después Gobernadores de Barranquilla y Pasto, respectivamente.

De Tenerife siguió a Cartagena, acompañado del valerosísimo Hermógenes Maza; asistió al sitio de 1820 y luego fué a Panamá y de allí al Ecuador donde combatió valientemente en Pichincha. Con él estaban los santuarianos José Antonio Ramírez, Narciso Gómez y Francisco Giraldo Arias.

De Pichincha volvió Córdoba a Pasto, cuyos habitantes, adictos a la causa española, se había rebelado al mando de Agustín Agualongo. Develada la revolución, fué Córdoba ascendido a General de Brigada y destinado a la Comandancia civil y militar de Cundinamarca en reemplazo de Nariño.

Por este tiempo vino a visitar a su familia y a su regreso a Bogotá fué nombrado Ministro de Guerra; sólo contaba entonces 24 años.

Córdoba, enseñado a vivir en medio de los combates, no pudo avenirse con la vida cortesana, y pidió pase al ejército que obraba sobre el Perú. Marchó a Popayán y como los pastusos se habían de nuevo insurreccionado, organizó en Popayán un ejército de 260 hombres, nombró por su segundo al Coronel José Hilario López, y, como Capitán de la Compañía de Cazadores a su hermano Salvador Córdoba, y marchó sobre los rebeldes. Forzó las posiciones de Juanambú y venció al enemigo. Es ésta una de las acciones más sublimes de la vida del Héroe.

Regresó a Popayán donde se detuvo por algún tiempo y allí supo la enfermedad de su caro padre y suplicó a Don Sinforoso García que agotara todos los recursos para salvarle la vida aunque él (Córdoba) tuviera que sostenerse a ración. Muerto su padre, legó a sus hermanos la pequeña herencia que le correspondiera y luego radicó en Medellín, a favor de aquéllos y su

madre, las dos terceras partes de su sueldo. El Tesorero certificó que entre los militares de esta Provincia era el único que había radicado pensión a su familia, rasgo, como dice el Dr. Botero Saldarriaga, más sublime que el "paso de vencedores" de Ayacucho.

Destinado Córdoba al ejército del Perú, marchó al frente de la División Colombiana. Llegó a Ayacucho y recibió lleno de gozo la orden del General Sucre de atacar a Laserna que ocupaba la cima del Cundurcunca, se arrodilló ante su capellán a recibir la absolución y dió luego aquella improvisada voz de mando: "División: Armas a discreción. De frente, paso de vencedores". Su edecán Giraldo Arias era el abanderado y tremoló en la cima la tricolor despedazada pero victoriosa. Sobre el mismo campo de batalla Sucre se quitó sus charrteras de General de División y las colocó sobre los hombros de Córdoba. Luego fué éste destinado a la guarnición de la Paz. Allí el Libertador Simón Bolívar colocó sobre las sienes del valiente joven la corona de oro y brillantes que el agraciado regaló a la ciudad de Rionegro.

Córdoba fué muy sumiso a las leyes. Desde el alto Perú vino a Bogotá a responder de un juicio que se le seguía ante los tribunales: se defendió y fué absuelto.

Fué defensor de Bolívar en la noche septembrina, aunque algunos enemigos quisieron hacerlo aparecer como culpable en esta negra acción.

Fué nombrado Ministro de la Corte marcial para juzgar a los conspiradores. Fué benévolo y justiciero y esto le proporcionó muchos disgustos causados por los partidarios de la dictadura.

Por este tiempo encabezaron una revolución en Popayán López y Obando y vencieron a T. C. Mosquera, Gobernador, y fué nombrado Córdoba para debelarla y la sola presencia del Héroe fué bastante para esto, lo que causó envidia a Mosquera y a otros, y lo indisputaron con Bolívar. Este lo suplantó por Mosquera en el Ministerio, a pesar de ser de inferior gradación. Esto causó indignación a Córdoba, dejó a Popayán y se vino acompañado de su ayudante Niño. Llegó a Rionegro y se pronunció con sólo 60 hombres y con éstos se tomó a Medellín en los primeros días de septiembre de 1929.

De la capital de la República mandó Bolívar 900 veteranos al

## Vista parcial de la ciudad de El Santuario -Antioquia-



+ En este lugar amaneció Córdoba el 17 de Octubre de 1829

△ Aquí se efectuó el combate de El Santuario.

○ En este punto se hundió la bestia que montaba el General Córdoba, teniendo que seguir a pié, herido, hasta la casa donde fue ultimado, a sablazos, por el extranjero Ruperto Hand.

mando del Coronel Daniel F. O'Leary. Córdoba lo esperaba por el páramo de Guatapé y mandó un escuadrón de soldados a fortificarlo, y por San Carlos mandó a un señor Miguel Ramírez a destruir el puente de Balseadero, pero éste no cumplió, antes bien se pasó al ejército de O'Leary, al que condujo hasta Vahos (hoy Granada). O'Leary para despistar a Córdoba dejó las toldas armadas en el alto del Totumo y se vino por donde no lo esperaban.

Córdoba salió de Medellín el 15 de Octubre, pernoctó en Rionegro y el 16 por lo mañana se dirigió con su cabeza descubierta a la casa del Sr. Garnica, Obispo de Antioquia.

Es de afirmarse, dice Don José María Arango, que, como católico que era, presentía su fin y quería prepararse para morir.

Después de esto mandó al Capitán Anselmo Pineda acá al Santuario a imponerse de la vía que tra-

jera O'Leary y él marchó al Peñol con su ejército. Pineda se impuso en casa de sus padres, los que eran enemigos de la revolución, de que las tropas legitimistas habían llegado a Vahos. Como fuera ya de noche, los padres de Pineda no lo dejaron ir, y él fingiendo querer darles gusto se acostó, esperando que sus padres se durmieran. La previsor madre guardó las llaves de la casa y el sombrero del Capitán. Cuando éste se levantó y se encontró encerrado y sin sombrero, tomó el de un esclavo llamado Vicente y se salió por el techo sin hacer ruido, y fué al Peñol y condujo durante la noche a Córdoba con su ejército. Amanecieron en la vereda del Salto el 17. A las 6 de la mañana ocuparon la plaza del Santuario. Desalojaban los soldados el agua y el barro recogidos durante la noche cuando las fuerzas de O'Leary llegaron por el Oriente y ocuparon una colina cercana a la plaza

Córdoba dividió el ejército en tres alas :la una la puso a las órdenes del Comandante Benedicto González, la otra al mando del Coronel Salvador Córdoba y ordenó que la reserva, al mando de los Capitanes Braulio Henao y Giraldo Arias, se tomara la colina, y él atacó por el lado derecho del río Marinilla. En la ascensión a la calina murió la mayor parte de las tropas. Al coronar la cima fué herido el Capitán Giraldo Arias y fué conducido a la casa-hospital de sangre, que pertenecía a Don Juan José Gómez; a la misma casa llegó gravemente herido el General Córdoba. Sobre una cama de palos redondos estaba tendido Giraldo Arias y sobre las rodillas de éste descansó su cabeza Córdoba, quedando el resto de su cuerpo sobre la tapa de una caja de cedro. Esta se encuentra ensangrentada en el Museo de Zea, de Medellín.

En este estado estaba Córdoba cuando un oficial inglés llamado

Ruperto Hand entró por una puerta falsa, preguntando quién era ahí Córdoba. Giraldo Arias le dijo: "Yo soy" pero el General contestó: "No, soy yo, qué quiere? El asesino descargó sobre éste un sablazo que le penetró el cráneo; el Héroe levantó la mano para proteger la herida y un segundo sablazo le cortó los dedos y él cayó

en el lago de su sangre.

Estaba agónico el General cuando llegó el Dr. Francisco Javier Gómez y con términos ásperos le intimó que se confesara, pero él repuso que le hablara en términos más cultos, y no se quiso confesar con éste. En ese momento llegó el Pbro. Modesto de Hoyos, Teniente Coronel y compañero del Héroe en

Ayacucho y le habló en términos suaves y a éste le aceptó los auxilios.

Tenemos, pues, al vencedor en Ayacucho y en cien combates más, vencido y muerto. "Por no darle la espalda al enemigo, se la dió a la vida".

*Ignacio Giraldo R.*

## ~ Córdoba ~

Diciembre 9, centenario de la batalla de Ayacucho. Conmemoración de la muerte del Héroe al cumplirse cien años. (1)

Una centuria hace que en el sitio en que se halla El Santuario se libró una sangrienta batalla, la primera en que, en Antioquia, se derramó la sangre hermana. El vencedor de Ayacucho, nacido en Concepción, criado y educado en Rionegro, a la cabeza de trescientos reclutas, hubo de resistir infructuosamente al poderoso impulso de ochocientos veteranos que, en muchas veces, él había conducido a la victoria. Doscientos de sus soldados quedaron en el campo. El General, herido, se encerró con parte de los derrotados en la casa de Don Juan José Gómez, casado con Doña Isabel García, hija de un español, y allí hicieron tenaz resistencia. Por el solar entraron soldados vencedores. Ruperto Hand, mercenario irlandés, preguntó por Córdoba. El General Francisco Giraldo, ayudante entonces, respondió ser él, para salvar a su jefe. Córdoba se incorporó. Al darse a conocer, el asesino descargó sobre él fuerte sablazo, con el que le quitó la vida.

¿Qué era El Santuario en aquella época? Una hacienda con capilla y tres casas: la en que murió el General, la del Dr. Jorge Ramón de Posada Maurrís, dueño de la finca, situada más o menos en el solar de la casa del suscrito, casa muy espaciosa, rodeada de corredores, como cuartel para peones y la otra en donde está la casa que fué de D. Gerardo Hoyos.

El día del combate los habitantes de las casas de la hacienda y de los lugares vecinos, huyeron y desde las colinas divisaban el campo de batalla. Terminada ésta descendieron al valle y ayu-

daron a sepultar a los muertos. Casi frente al edificio Gómez Duque abrieron una gran fosa y allí los sepultaron, confundidos jefes, como Benedicto González y Ramón Escalante, con los soldados. Ayudaron, además, en algún trecho del camino hacia Marinilla, a conducir el cadáver del General Córdoba.

Entre las personas que habitaban este territorio estaban Don José María Zuluaga G., nuestro abuelo, quien sirvió de guía a las fuerzas nacionales desde el Palmar y cuidó las bestias del General O'Leary mientras éste se puso al habla con el General Córdoba; Don José María Botero, más tarde distinguido abogado; y varios sacerdotes entre ellos el Dr. Francisco Javier Gómez y Modesto Hoyos. Con el primero se negó el General a confesarse. Los últimos auxilios se los prestó el Pbro. Hoyos, su antiguo compañero en la campaña del Sur de Colombia.

Sobre estos hechos tomámos datos, cuando éramos jóvenes, de nuestro abuelo y del señor Botero.

Un siglo ha transcurrido desde la muerte del General Córdoba, y un siglo no ha sido suficiente para que se olviden, con patriótica misericordia, por gratitud a sus grandes servicios a la Patria, las graves faltas que cometió.

Se le acusa de actos de crueldad: de haber fusilado por faltas leves a algunos individuos y de haber mostrado crueldad en algunas de sus providencias, y de rebeldía contra el Libertador.

Lejos estamos de aprobar tales acciones. Sin embargo es preciso pensar, para perdonarle con piadoso olvido, que Córdoba estaba muy joven, que era de carácter ardiente e impetuoso, no refrenado por una educación bien dirigida. Era además un militar afortunado, mimado por sus superiores, e-

norgullecido por el esplendor de sus glorias y halagado por altas ambiciones. ¿A quién no ciegan tantos favores de la buena fortuna?

Nosotros, sin gozar de tan grandes prerrogativas, no nos cegamos muchas veces por motivos baladíos y abusamos de nuestra posición, de nuestra fortuna? Si gozáramos de las prerrogativas del Héroe de Ayacucho, cómo abusaríamos de nuestra preeminencia!

Otra grave falta del General Córdoba fué su rebelión contra el Libertador. Sabido es cómo amaba el Padre de la Patria a su Efestión; y cómo correspondía éste a aquel afecto, lo comprobó, entre otros hechos, por su actitud el 25 de septiembre, día de la conspiración en contra del Libertador.

Para explicarnos la rebeldía de Córdoba y para disculparlo "como un extravío del patriotismo" debemos pensar que él había sido un apóstol de la Independencia y Libertad de su Patria; que por ella había sacrificado la tranquilidad de su juventud; que sus acciones eran espiadas por militares ambiciosos que no podían soportar la predilección que por Córdoba mostraba el Libertador; que éstos llevarán al ánimo del Héroe de Ayacucho la convicción de que aquél aspiraba a coronarse emperador y que si esto no era cierto, como no lo era, porque el Libertador había resistido a las insistentes sugerencias de sus Ministros, sí lo era que éstos tenían pretensiones de echar por tierra el régimen republicano. Además, Córdoba sabía que ya el Libertador dudaba de su lealtad. ¿Cómo no había de sucumbir ante tales circunstancias un patriota fogoso, cargado de méritos y de gloria?

¿Por qué otros se afanan en sostener que el Héroe, moribundo, se negó a reconciliarse con Dios? Aun en el caso de que hubiera tenido



Desfile de Escuelas y Colegios el 17 de Octubre último, ante la histórica casa donde fue ultimado el Héroe de Ayacucho.



Obsérvese el busto del General Córdoba, en el costado Sur del Parque.

tan lamentable desgracia, por caridad y por evitar el escándalo que tal procedimiento produciría, debiera callarse. Y con tanto mayor motivo por cuanto personas dignas de crédito han asegurado que fué absuelto por el ya citado Pbro. Modesto Hoyos.

Respetemos la memoria de los que se sacrificaron por la Independencia de la Patria. Juzgados ya por Dios, ellos habrán recibido el galardón o el castigo merecido. Agradecidos a su memoria, tengamos para sus almas, el tributo de nuestras oraciones. Y cuidemos de

no arrojar lodo sobre la memoria de los que sacrificaron los mejores años de su juventud por conquistarnos independencia y libertad.

*José María Zuluaga G.*

(1) La fiesta transferida para hoy.

## Una conferencia sobre Córdoba

El día del centenario de la muerte de Córdoba, al ser colocado el retrato del héroe en el Colegio de Barranquilla, el alumno de aquel establecimiento señor Miguel Antonio Bayona, leyó una interesante conferencia sobre la vida y heroicidades de aquel prócer. A ella pertenecen los siguientes fragmentos:

Cuando Bolívar, con esos "centauros indomables", como dice nuestra épica canción, trasmontó los Andes y vino a romper en Boyacá las cadenas de nuestra esclavitud. Córdoba era uno de los oficiales de vanguardia; en Gámeza, en el Pantano de Vargas y en el puente famoso, probó su habitual serenidad y arrojo, por lo cual fué

ascendido a teniente coronel, en la flor de la juventud. Sería abusar de vuestra gentil atención hacer el relato detallado de las campañas que hizo luego, que fueron para él una serie no interrumpida de laureles y para la patria un cúmulo de bienes y provecho. Permitidme, sin embargo, enumerar sus victorias, que son como las

palmas de una guirnalda inmarcesible, de una diadema de interminable gloria. Reciente aún el triunfo de Boyacá, marcó Córdoba, por orden de Bolívar, a expulsar de Antioquia a los realistas que en esa provincia quedaban todavía; venció en Chorros Blancos a Barleña; preparó el éxito del combate de Majagual; se apoderó de Mompos, y acompañó al general Maza en la famosa toma de Tenerife; ocupó a Barranca y de allí vino a la Costa. En esta hospitalaria ciudad de Barranquilla, que es hoy el primer puerto de Colombia, permaneció Córdoba por algunos días en tanto que conferenciaba con el almirante Brion. Cartagena, que a más del honroso título de "Heróica" debía llevar el de "Mártir", contrajo una deuda de gratitud hacia Córdoba por su eficaz cooperación al sitio puesto por el General Montilla para librar a esa ciudad de la dominación española. Por tantos esfuerzos y proezas fué ascendido a coronel.

Había Córdoba ido a Panamá, de donde regresó por la vía del Pacífico al Ecuador, a tiempo que el general Sucre preparaba las titánicas empresas del Sur; pocos días después se dió la decisiva batalla de Pichincha, en la que como siempre se distinguió Córdoba de tal modo, que las estrellas y galones de general de brigada le fueron concedidos. El, que no conocía las fatigas de la guerra, no daba tregua a su incansable brazo, y tan pronto debelaba una insurrección, como decidía un combate, como dispersaba una horda de feroces guerrilleros.

Pero la cifra y pináculo de su gloria es, sin duda, Ayacucho. En ese histórico campo en el cual quedó roto el poderío de España sobre América, y donde el triunfo fué disputado entre los más aguerridos tercios de la península y los guerreros más valerosos del Nuevo Mundo, mostró Córdoba toda la fogosidad de su juventud, todo el coraje de su espíritu, la fortaleza de su cuerpo y la serenidad de su alma. Antes de comenzar la lid, recorrió Sucre al galope de su brioso corcel, al frente de su ejército y al pasar junto a Córdoba le dijo a éste: "Como siempre, mi valiente!", y el valiente antioqueño le repuso: "Mejor que de costumbre, mi general!"

Trabada la lucha, y cuando los españoles iban dominando la división peruana, mandada por Lamar, ordenó Sucre a Córdoba cargar sobre el frente enemigo. Desmontóse al punto el bizarro joven,

y con voz no menos potente que la de Estentor junto a los muros de Troya, gritó a sus soldados la famosa orden de ataque: "División!, armas a discreción, de frente, paso de vencedores!" La embestida fué tan recia, que aquellos veteranos que en Bailén y Zaragoza habían hecho morder el polvo a las huestes de Napoleón, huyeron despavoridas por las faldas del Cundurcunca, incapaces de resistir la acometida del animoso neogranadino. En el parte que al siguiente día envió Sucre al Libertador le manifestaba: "He creído de justicia nombrar al general Córdoba, sobre el campo de batalla, a nombre de usted y de Colombia, general de división. Córdoba se ha portado divinamente; él decidió la batalla".

Merece recordarse aquel bellísimo episodio lleno de nobleza, desprendimiento e hidalguía, cuando, habiéndole entregado los habitantes de La Paz al Libertador una corona de oro y valiosa pedrería, éste la ofreció a Córdoba diciéndole: "Esta corona debe ceñir la frente del héroe de Ayacucho." La tomó éste, y con palabras llenas de modestia, la rehusó en favor de Sucre, quien se la tornó a Bolívar. Córdoba la aceptó al fin, tras los reiterados ruegos del Libertador, y la donó a la ciudad de Rionegro, donde había discurrido su niñez.

Hemos pasado una rápida mirada al camino recorrido por Córdoba desde cuando sentó plaza de soldado hasta el momento en que se cubrió de gloria en Ayacucho; lapso que fué una constante ascensión a su inmortalidad, y el apogeo, puede decirse, de su fortuna y de su fama.

En tanto que Córdoba combatía en el Sur, se le seguía en Bogotá un proceso por haber dado muerte a su ordenanza por un motivo que, erróneamente atribuido a un incidente baladí, obedeció a razones poderosas y justificativas a tal punto, que fué absuelto con el voto favorable de todos los miembros del tribunal, excepción hecha del Dr. José Félix de Restrepo, que sufragó condenatoriamente. A fines de 1828 fué Córdoba al Cauca a sofocar una sublevación y siguió luego al Perú con una delicada misión. Al regreso del vecino país comiencio, pudiera decirse, el eclipse de tan esplendente lumínar. Parece como si los triunfos tan duramente conquistados, como si los laureles con tanto esfuerzo obtenidos hubiesen sido trocados de pronto en pesares y abrojos por la sañuda mano de un sino funesto.

Declinó su estrella con tal precipitación, que fué más bien un apresurado descenso desde lo alto del éxito y la dicha a lo más hondo del infortunio y el desastre.

A la vuelta del Perú supo en Popayán su nombramiento para la secretaría de guerra y marina; varios historiadores creen que el descarrío de Córdoba y la reprochable conducta de sus postreros días provinieron de ahí; según ellos, el héroe de Ayacucho se encolerizó al verse suspendido del Ejército y trasladado al muelle despacho de una oficina ministerial. Mas el mero hecho de ese cambio no puede tomarse como causa de tan profundo desvío, pues en repetidas ocasiones solicitó Córdoba del Libertador permiso para retirarse del escalafón militar. Bien pudo ser, sin embargo, que al descubrir Córdoba en ese traslado cierta desconfianza del Libertador, se sintiera despechado, adolorido, lastimado en lo más sensible de su corazón y se transformase entonces en inquina profunda el acendrado afecto que por Bolívar sentía.

Cierto es que Córdoba se levantó contra el gobierno de Bolívar, pero ¿tenía aquél la plena convicción de que el Libertador era perjudicial en el mando para la vida republicana de Colombia? Ninguno puede escrutar los piélagos del corazón humano, y en el transcurso de un segundo puede el hombre cambiar de parecer; pero cómo pasar tan pronto al extremo opuesto quien poco antes escribía al propio Bolívar estas palabras: "Me desespero cuando pienso en que V. E. es irremediablemente necesario en el Gobierno y en el Ejército; Colombia queda medio huérfana si V. E. va al Ejército del Sur, y en el Sur nada se hace sin V. E." Ciertamente que el hombre puede mudar totalmente de opinión, pero se necesitan motivos para ello y en el presente caso no existían, ya que el Libertador, lejos de cambiar las ideas democráticas que siempre tuvo, por las de monarquía, probaba cada vez más, con hechos, su horror al mando y sobre todo a la tiranía; pues no se esmera un orfebre en cincelar primorosamente una joya para satisfacerse en destrozarla después con rudos martillazos, ni dedica un artista largos desvelos y cuidados a la perfección de una obra para tener luego el morboso placer de destruirla. La tiranía de Bolívar, en boca del héroe de Ayacucho, era sólo una excusa, un pretexto, para dar rienda suelta a su despecho. a

su desesperación y a su dolor.

Busquemos ahora la verdadera causa del desavenimiento de esos dos hombres; la causa por la cual Bolívar tomó desconfianza hacia Córdoba y cuál la razón de la ojeriza que éste último cobró al Libertador. No hay lugar a duda de que fueron los enemigos y rivales de Córdoba quienes, envidiosos de la gloria del joven general y celosos de su valimiento con Bolívar, usaron de mil artimañas y calumnias para indisponerlos entre sí.

Tres meses antes de morir, decía Córdoba en una carta a Bolívar: "V. E. tiene la bondad de preguntarme qué deberá hacer cuando reciba calumniosas acusaciones contra mí. Creo que retirándome, se acallarán mis enemigos." Un desgraciado suceso vino a dar más pie a los detractores para sus intrigas y murmuraciones: el atentado de la noche septembrina contra el Libertador. Algunas circunstancias casuales hicieron recaer serias sospechas sobre Córdoba; con todo, está plenamente demostrado que el joven héroe no tuvo la menor participación en ese cobarde intento. Castigados debidamente los culpables, en lo cual tomó parte Córdoba como miembro del despacho ejecutivo, continuó por algunos meses al frente del cargo que venía desempeñando, hasta que con permiso partió para Antioquia y aun antes de llegar a ella cometió varias imprudencias que precipitaron su perdición; no hay para qué seguirle en su fatal desempeño; cerremos los ojos para no ver los nubarrones que apresuraron su ocaso. Abrámoslos solamente para admirar el último gesto de su ánimo indomable, el postrer lampo de su gloria; el ejemplo final de su valor irreducible, cuando habiendo enviado el general O'Leary, que era el jefe encargado de someterlo, al coronel Manuel Montoya a llevarle una honrosa capitulación, respondió Córdoba al emisario: "Después del paso a que se me ha precipitado, no me queda más recurso que vencer o morir." Díjole Montoya: "Venir es imposible", y le repuso el joven general: "Pero no es imposible morir". Con unos pocos hombres, indisciplinados y bisonos, esperó Córdoba a O'Leary, que llevaba 800 veteranos bien armados, en las cercanías de la hacienda llamada "El Santuario". Refiere el general Posada Gutiérrez en sus "Memorias Histórico - Políticas": "La acción se dió terrible el 17 de octubre, y Córdoba sucumbió. Pe-



Coronel Anselmo Pineda, hijo ilustre de esta Ciudad, quien acompañó a Córdoba en la revolución de El Santuario.

ro su valor y pericia militares habrían triunfado si algunos ingratos no hubiesen traicionado sus planes y favorecido al enemigo de mil modos." Gravemente herido, tendido en un charco de sangre, lo encontró el villano Ruperto Hand, irlandés de baja ralea, quien sin considerar los méritos del prócer ni el lastimoso estado en que se hallaba, descargó sobre él dos bárbaros tajos que lo remataron.

Se creería que aquellas palabras "Vivió para la patria un solo instante.—Vivió para su gloria demasiado", que un poeta dedicó al héroe del Bárbula, hubieran sido escritas para José María Córdoba. De él también puede decirse con toda propiedad que "vivió para su gloria demasiado". Cuánto mejor hubiera sido que una bala española le arrancase la vida en Ayacucho, defendiendo la libertad de la Patria, y no que ésta tuviera que segar más tarde existencia tan preciosa y meritísima.

No sé por qué al leer el relato de la desesperada lucha de "El Santuario", vino al punto a mi memoria el recuerdo de la de Roncesvalles. Se representan entonces en mi imaginación esos dos combates, y les encuentro una ex-

traordinaria semejanza. Me figuro a Córdoba, repartiendo mandos con la fuerza y ligereza que la desesperación le da, y formando una muralla de muertos al rededor de sí; e imagino también a Roldán, el legendario sobrino de Carlo-Magno, atravesando infieles con la lanza y abriendo almofares y cabezas con su bien templada Durandarte. Ambos perdieron la vida, en "El Santuario" el uno y el otro en Roncesvalles; pero prefirieron morir con honor antes que rendirse o volver la espalda al enemigo. Cuando haya corrido más de un milenario sobre la tumba del héroe de Ayacucho como ha pasado sobre la de Roldán, su nombre será tan fabuloso como el de aquel caballero medioeval, pero no se habrá desvanecido en los abismos del tiempo, y su gallarda figura se irá perfilando mejor en el correr de las edades a medida que el sol de la Historia vaya disipando las brumas que todavía la envuelven, del mismo modo que el astro del día, al disipar las nieblas atmosféricas, hace que resalte sobre el azul del cielo el volcán Puracé soberbio, majestuoso y temible como el mártir de "El Santuario."

## Conferencia sobre la revolución y muerte del benemérito General José María Córdoba

(16 de septiembre—17 de octubre de 1829).

*Dictada en la Sociedad Literaria Biffi por el R. H. Santiago, de las Escuelas Cristianas.*

En este 17 de octubre de 1929, celebra la patria colombiana el primer centenario del más ilustre de sus militares, general José María Córdoba, muerto a sablazos en la acción del "Santuario", el 17 de octubre de 1829.

El más joven de los generales de la Gran Colombia, el digno ejemplo de su raza y prototipo del hombre valeroso, vió la luz primera en Concepción de Antioquia, a ocho de septiembre de mil setecientos noventa y nueve, siendo sus padres don Crisanto de Córdoba y doña Pascuala Muñoz (1).

Adolescente aún se alistó bajo las banderas de la patria naciente y acompañó en su famosa retirada a Casanare, al general francés Manuel Serviez, de quien fué compañero inseparable hasta 1818, en que aquel general pereció trágicamente.

Allí en la escuela de aquellos centauros legendarios del Apure, capitaneados por el inmortal José Antonio Páez, formóse a las duras contingencias de la guerra a muerte y sentó plaza de valiente entre los más valientes.

Del Apure, donde presencié las memorables jornadas de Arichuna, Achaguas, el Yagual, Rincón de los Toros, el entonces Teniente Córdoba formó fila con los bravos expedicionarios de 1819, e hizo con notables bríos la campaña libertaria que culminó en Boyacá, alcanzando en dicho campo las estrellas de teniente coronel.

Confiósele en aquel mismo año la pacificación de Antioquia, y dió comienzo a la serie interminable de sus heroicas hazañas: Chorros Blancos, Majagual, Tenerife, Barranca, Sitio de Cartagena, Guáitara, Taídala, Yahuanquer, Pasto, Cebollas, Veinticuatro, Pichincha y Ayacucho... que constituyen otros tantos florones de su hoja de servicios.

General de División a los veinticuatro años, proclamado invencible por la fama, favorecido con la confianza irrestricta de sus jefes, la América libre con el concurso

de su gloriosa espada, qué más podía ambicionar aquel ilustre hijo de Antioquia?

No habiendo más enemigos que vencer, Córdoba se vió apesadado entre las redes de los encontrados intereses de su época, comprometido en mala hora en una desgraciada revuelta y su existencia, tantas veces respetada por las balas, pagó con exceso la precipitación y temeridad de cuantos osaron con él desconocer el gobierno discrecional de Bolívar.

Al recordar su gesto heroico de Ayacucho, cuando al frente de sus tropas, enardecido, exclama: "¡División!, armas a discreción... de frente, paso de vencedores!"; pensamos en la descripción que Víctor Hugo hace del valiente Mariscal Ney en el desastre de Waterloo:

"Allí cayó debajo de él—escribe el poeta—su quinto caballo de la jornada. Pálido, ensangrentado, hundido hasta las rodillas en el lodo, su placa de la grande águila abollada por un sablazo que le descargó un soldado inglés de caballería, blandiendo en su mano una espada rota, gritaba en medio de aquella espantosa confusión:

—"Venid a ver cómo muere un Mariscal de Francia en el campo de batalla!"

A Drouet l'Erlon le lanzaba esta pregunta:

—"Es que tú no te harías matar?"

Y rugía al compás de aquella artillería que aniquilaba a un puñado de hombres:

—"Oh! Quisiera que esas bombas inglesas me desgarraran el pecho!"

Estabas destinado para las balas francesas, infeliz!"

(Citado por N. A. González en "El Mariscal de Ayacucho" pág. 217).

Relatar aquella malhadada revolución que costó la vida al General Córdoba, es lo que ahora nos proponemos sin más pretensión que la de rendir pleito homenaje a la memoria del egregio caudillo antioqueño, a "quien debe el Mariscal Sucre su mayor gloria"; la libertad su más espléndido triunfo, y la historia militar, su más enérgica voz de mando: "Armas a discreción... paso de vencedores!"

### EL BOLIVIANISMO DEL GENERAL CORDOBA.—LA CONSPIRACION DE SEPTIEMBRE.—TUVO PARTE EN ELLA EL GENERAL CORDOBA?

La tan sonada revolución del general Páez en 1826; la del Coronel Bustamante en el Perú; el fracaso de la convención de Ocaña y la dictadura de Bolívar, fueron las causas del malestar que se respira al leer la historia de los postreros años de la Gran Colombia.

Por una parte el espíritu de sedición que soplaba de un extremo a otro de la República; y por otra, la activa propaganda de los enemigos de Bolívar, fueron creando cierta atmósfera de oposición al Gobierno, tan viva, que bien puede decirse que la conspiración del 25 de septiembre de 1828 no obedeció sino a la corriente política adversa al Libertador, que contaba con el apoyo de todos los santanderistas. Y si bien aquella noche abortó el plan de los conjurados y muchos de ellos pagaron después con la vida, tan descabellado propósito, no tuvo el gobierno todo el éxito deseable para acabar con el malestar social producido por el golpe septembrino.

Mucho se repitió a raíz de este acontecimientos, en los mentideros políticos, y a la chitacallando, que el general Córdoba había tomado alguna parte en la conjuración; o que—por lo menos—estuvo en connivencia con los conspiradores.

—¿Hasta dónde hay verdad en estos asertos? ¿Puede dárseles algún fundamento?

Es de suma importancia esclarecer lo que hay sobre el particular, porque ello puede arrojar mucha luz sobre los ulteriores manejos de Córdoba en 1829.

Digamos de una vez que Córdoba profesaba de tiempo atrás, especial deferencia al general Francisco de P. Santander, a quien comúnmente se atribuye la jefatura intelectual de la corriente antibolivariana. Para convencerse de ello, basta leer el epistolario de ambos, y ver el desenfado, abandono y confianza, cuasi filial, con que el bizarro hijo de Concepción trata al ilustre ex-Vice-Presidente de la Gran Colombia. Pero por mucha que fuera aquella estimación, no era bastante a destruir la profunda adhesión, simpatía y ciega ad-

miración por el Libertador, que el héroe antioqueño no sólo había sentido, sino exteriorizado en más de una ocasión.

Notable, entre otros, fué aquel hecho del 13 de junio de 1828, cuando se reunió en Bogotá la junta convocada por el Intendente Herrán, para confiar el mando a Bolívar con facultades omnímodas. Marcelo Tenorio, íntimo confidente de Córdoba, nos lo refiere así:

"Pasaba (Córdoba) a caballo por la plaza, y por efecto de la curiosidad echó pie a tierra, y entró al lugar de la reunión; después de haber hablado el general Herrán, para manifestar el objeto de ella, lo hicieron uno o dos más, según se me dijo cuando llegué, mas no recuerdo en qué sentido hablaron; entonces tomó la palabra el Dr. Juan Nepomuceno Vargas, y habló largo rato con la libertad de un liberal exaltado, sin ser interrumpido. . . . al concluir el Dr. Vargas. . . . tomó la palabra el Dr. Rafael Vásquez, y fué entonces que el General Córdoba, impaciente por decir también lo que pensaba y marcharse inmediatamente, cometió la ligereza e incivilidad, si se quiere, de interrumpirle al orador, diciendo éstas u otras semejantes expresiones:

"Señores:

Este pueblo es sordo, y se necesita que se le hable claro y recio para que oiga. La Convención que era la esperanza de Colombia, se ha disuelto sin hacer nada, dejando a la República en una crisis peligrosa; en tales circunstancias no se divisa otra tabla de salvación que el Libertador. . . . creo, pues, que sólo el Libertador investido de facultades extraordinarias, puede salvar la República de la anarquía que la amenaza; el que piense de otra manera se engaña, y tendrá que arrepentirse cuando quizá el mal no tendrá ya remedio (2).

Este discurso equivale a una rotunda profesión de fe bolivariana. Y muy enterado andaría el Libertador de la adhesión de este jefe, que cuando a palacio se presentó cierta persona, con el ánimo de imponerle de unos planes siniestros para atentar contra su vida, y de que el general Córdoba sabía algo sobre el particular, dijo a Fergusson, con la energía que se gastaba en determinadas circunstancias:—"Dígale a esa mujer que se vaya y que es una infamia tomar el nombre de un general tan valiente como el general Córdoba". (3)

Pero si tan fervoroso era el bo-

livianismo de nuestro héroe, cómo se explica que los decires políticos lo hayan señalado como cómplice de Vargas Tejada y de toda su camarilla?

Acaso las buenas relaciones que mantenía Córdoba con el comandante Pedro Carujo, de quien recibía lecciones de idiomas, dió asidero para que se inmiscuyese su nombre en la sombría conspiración que dicho comandante en asoció de Horment, Arganil, Hínestrosa y Zuléibar, había de consumir en breve. (4)

Además, la actitud asumida por Córdoba aquella noche, alejan de él toda sombra de sospecha.

"A media noche o poco más— escribe el general a su hermano Salvador— entró repentinamente en mi cuarto Giraldo, cansado y asustado llamándome: "¡Mi general, levántese!" Me sorprendí tanto, que creí que él era mi captor. Me dijo: "Ha habido un fuego de artillería y fusilería en los cuarteles y han atacado el palacio del Libertador". Me levanté volando, monté a caballo, y me dirigí a la casa del Libertador". (5)

Llegado a las inmediaciones del palacio se persuadió de que se habían apoderado del Libertador; entonces retrocedió y se fué a poner sobre aviso al Cónsul británico, Mr. Henderson; luego siguió a San Victorino, hasta que se topó con un grupo de artilleros, a quienes sin poder reconocer aún dirigió el "Alto quién vive!" "No bien hubo notado a Carujo en aquel grupo, con aquel entusiasmo que le era tan peculiar, exclamó: "Muchachos, donde estoy yo está el triunfo, a la bayoneta; comandante Carujo a la retaguardia, mate usted al que huya". (Marcelo Tenorio).

Mas no tardó en ver desaparecer a Carujo, a quien creyó "primero que por cobarde se había escondido; pero no fué así, era traidor". (6).

Algunos autores han encontrado raro que Carujo no diera muerte a Córdoba, como alevosamente hizo con Fergusson. Pero el mismo Carujo esclareció su proceder, declarando que ya fracasado el golpe, aquel crimen no hubiera hecho sino comprometerlo más; y oficiosamente comunicó al general Urdaneta que CORDOBA ERA INOCENTE a lo que repuso el General que "Si sostuviera lo contrario diría una calumnia despreciable." (7).

Cuando recibieron al apuesto general los insistentes rumores que corrían sobre su presunto compro-

metimiento, se contentó con responder: "que tenían razón de creerlo conspirador por las circunstancias que habían ocurrido aquella noche; pero que tenía tanta parte en aquel infausto suceso como el Padre Santo de Roma."

Por los hechos expuestos se ve claramente que Córdoba pudo aparecer complicado en el serio movimiento de septiembre "sólo por leves indicios o apariencias que las circunstancias presentaban como pruebas o realidades; y que hizo cuanto exigía su deber y le fué posible, en obsequio del orden, para comprometer heroicamente su existencia llevado del deseo de salvar la del Libertador". (8).

(1) La fe de bautismo del General reza así:

"En la Yga. de Nxa. Sa. de la Concpn. en 13 de 7bre. del añoñ 1799. Yo Dn. Fxanco. Jph. Gonzales, Cura Párrroco de este sitio baptisé solenmte. según dispona nxa. Sta. Madre la Yga a un niññ q. nació el díaí 8 de Septibxe hijo lexmo. y de lexmo. matrimonio de Dn.. Chxisanto de Córdoba y Dña. Pasquala Muñoz, vezos de esta Paxxoquia, y adho. niño le fue puesto el nombre de Jph. Ma. siendo Padxino el Pxsvro. Dn. Jph. Cosme Echiverri, pr. q. conste lo firmo.

"Po. Franco Jph. Gonzáles."

(Tomado del No. 4 del Centenario, editado en 1899 en Medellín).

(2) Tomado este pasaje del Boletín Histórico de Bogotá, Año IV, N° 42, página 341. Artículo "Confesiones de un viejo faccioso arrepentido".

(3) Véase en memorias de O'Leary la carta que desde Paita y fechada el 10 de agosto de 1850 dirige doña Manuela Sáenz al General Manuel F. O'Leary.

(4) Marcelo Tenorio escribe: "Carujo era mi amigo; yo lo había llevado a casa para que diese a Córdoba lecciones de lenguas y de pronunciación francesa, por recomendación que éste me había hecho de que le proporcionase un maestro de estos idiomas, que Carujo conocía bien según el concepto de los inteligentes; era igualmente instruido en matemáticas, y algunos días antes de la revolución había sido ascendido a Teniente Coronel por recomendación del señor José Ignacio París.

(5) Carta del 7 de octubre de 1828 a Salvador Córdoba. Puede leerse completa en la biografía del Coronel S. Córdoba, escrita por el señor A. Mesa Nicholls, página 196.

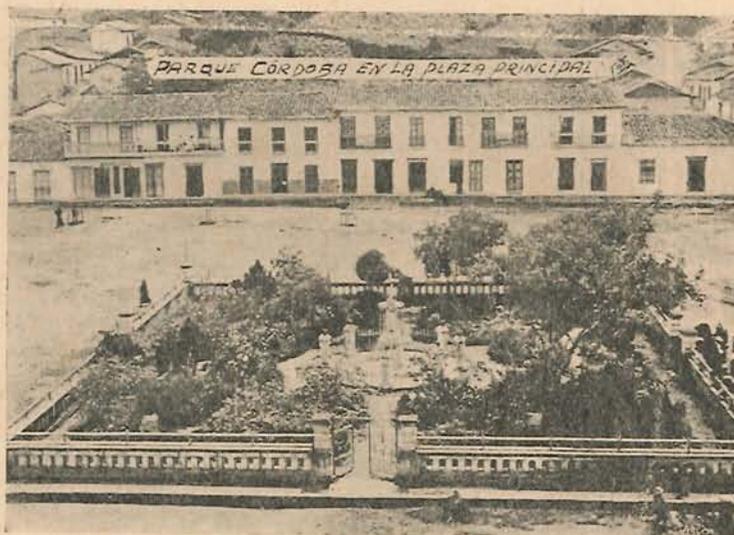
(6) *Ibidem*.

(7) Artículo citado arriba: "Confesiones de un viejo faccioso".

(8) Marcelo Tenorio, artículo citado, Boletín de Historia, Año IV N° 4,



Plaza Principal. Santuario (A).



Parque de Córdoba. Plaza principal.

## Tres Santuarianos compañeros de Córdoba

*Teniente Coronel Modesto de Hoyos, Coronel Anselmo Pineda, General Francisco Giraldo A.*

Nacieron héroes en El Santuario, cuando esto era Corregimiento de San José de Marinilla.

*Teniente Coronel Modesto de Hoyos.*— Fué hijo de Don Matías de Hoyos y Doña Francisca Zuluaga. Nació en la vereda de Bodegas, jurisdicción del Santuario; muy joven casó en Marinilla con Doña Margarita Urrea, en compañía de la cual marchó a lidiar por la Independencia. Cayó prisionero junto con Sabarain; sentenciado a muerte las lágrimas de su esposa lo arrancaron de las manos del tirano. Se coronó de gloria en

Ayacucho al lado del valiente Córdoba. Volvió a Marinilla, donde murió su esposa y él se hizo sacerdote, y el 17 de Octubre de 1829 le tocó prestar a Córdoba los últimos auxilios espirituales.

*General Francisco Giraldo A.*— Fué hijo de Don Bernardo Giraldo y de Doña Juana Arias. Nació en Portachuelo, jurisdicción de El Santuario, y pasó a educarse a Marinilla. Casi niño marchó a lidiar por la Independencia. Cayó prisionero varias veces en manos de los realistas y otras tantas desertó y volvió al campo de los patriotas. Se coronó de gloria en los campos de Junín y Ayacucho. En este último combate era abanderado y fué el primero que clavó la ense-

ña tricolor, despedazada pero victoriosa, en la cima del Cundurcunca.

En la batalla del Santuario fué herido Giraldo, y sobre él reposaba Córdoba cuando éste fué ultimado por el vil mercenario. Se estableció en Medellín. Fué amante del Prisionero del Sagrario (comulgaba diariamente. Era tierno y amante hijo y manifestó gran cariño por El Santuario, su suelo nativo, al que donó para la iglesia la casa de habitación de su madre. También ayudó con dinero para la compra de la campana mayor: todo esto consta en los libros parroquiales del Santuario.

Este eximio héroe murió santamente en Medellín, querido de

cuantos le conocieron, el 26 de septiembre de 1897. Ante sus despojos pronunció el Dr. Eusebio Robledo un hermoso discurso que comenzaba así: "Qué hermoso espectáculo, señores el que presenta un viejo héroe que cae rendido por los años en el palenque de la vida, asido a los brazos salvadores de una cruz y dejando tras sí una historia llena de merecimientos".

*Coronel Anselmo Pineda.*—Fué éste ilustre santuario, hijo de Don Pedro Pineda y de Doña Ramona Gómez. Nació en la vereda del Retiro, jurisdicción del Santuario. Fué íntimo amigo de los Córdoba. Luchó en la guerra de la Independencia. En el año 29 acompañó a Córdoba en la guerra del Santuario, como Capitán. Después fué Coronel de la República y en

sus campañas recogió gran número de manuscritos que forman hoy parte de la Biblioteca Nacional. Fué Gobernador de Pasto y, anciano, murió en Bogotá. A sus hijos hizo saber que El Santuario era su suelo natal y lo recordaba con gratitud. Era biznieto del Capitán fundador de El Santuario.

*Ignacio Giraldo R.*

## Información

### Exámenes

Tanto los exámenes de los colegios de ambos sexos como los de las escuelas, han dejado plenamente satisfechos a todos. El personal docente es muy bueno y el número de estudiantes es grande. El entusiasmo que hay por la educación es muy satisfactorio y hace esperar días de ventura para El Santuario.

### Ordenaciones

Recibieron órdenes menores los santuarios Roberto Giraldo y Juan Zuluaga, y la tonsura el joven Lubín Gómez. Felicitamos a los jóvenes que ponen sus pies en los primeros peldaños de las sagradas órdenes.

### Nuestro cordial saludo

para nuestro estimado amigo y consocio en el Liceo León XIII, Sr. Jesús María Arias, aprovechado estudiante de la Universidad Nacional, quien ha venido a disfrutar de los asuetos entre los suyos.

### También saludamos

muy cordialmente a todos los jóvenes santuarios estudiantes en otras poblaciones y que por ser muchos nos es imposible saludar individualmente. Seminaristas solamente hay 16.

### Tuvimos el placer

de saludar a nuestro distinguido amigo Sr. Pbro. Lino Zuluaga, digno Cura de Nariño, quien estuvo pasando una corta temporada entre nosotros. Sea esta la ocasión de dar nuestros agradecimientos al Sr. Pbro. Zuluaga por lo mucho que ha protegido a EL SANTUARIO, cuyas columnas hoy como

siempre están a sus órdenes.

### Exposición agrícola industrial

Está abierta la matrícula de esta Exposición, que con tiempo había sido anunciada, pero Rionegro—como más ciudad—se adelantó y con cartelones se atrajo las grandes poblaciones y nos dejó a los santuarios exponiendo solamente nuestros productos.

### Nuestro cordial saludo

para los santuarios de ambos sexos que siendo maestros en otras poblaciones han venido a pasar sus vacaciones entre los suyos.

### Tarjeta

Miguel M. Gómez y Blanca Henao de G., agradecen profundamente las atenciones de que fueron objeto durante su permanencia en El Santuario, especialmente a las personas que los favorecieron con sus visitas, felicitaciones y señaladas muestras de cariño. No pudiendo despedirse personalmente de todas ellas, como hubiera sido su deseo, lo hacen por medio de la presente tarjeta y esperan órdenes en Medellín, donde las cumplirán gustosos.

Medellín, Diciembre de 1929.

### LUCTUOSAS

#### *María Josefa Gómez v. de R.*

Esta virtuosísima señora, hija del benemérito patriarca santuario Tío Roque y hermana del virtuoso Cura de Aranzazu, finado, Pbro. Eliseo Gómez y madre del artista músico, nuestro amigo José Jesús Ramírez, murió después de larguísima enfermedad, de más de ochenta años. Para su familia y muy especialmente para

nuestro amigo José Jesús, va nuestra sincera condolencia.

#### *Rafaela Zuluaga de Q.*

Después de cruel enfermedad entregó su alma a Dios esta bondadosa señora. Para su familia y muy especialmente para nuestro amigo Ramón Emilio Quintero, va nuestra condolencia.

#### *María de los Milagros Duque de R.*

Una larga y cruelísima enfermedad llevó a la tumba a esta virtuosísima matrona a la edad de 86 años. Para toda su familia y muy especialmente para nuestro estimado amigo Alejandro Ramírez, va nuestra condolencia.

#### *Ricardo Ramírez*

Rápida y cruel enfermedad terminó los días del Sr. Ramírez, perteneciente a familia esclarecida y virtuosa, como virtuoso fué el extinto. Acompañamos a su familia en su pena.

También registramos con pena la muerte de los señores Rosendo García, Ceferino Giraldo y Jesús Jaramillo.

### TARJETAS

#### *María de la Paz Gómez v. de Ramírez y sus hijos*

dan los más rendidos agradecimientos a todos sus amigos y relacionados, por las manifestaciones de pesar que se dignaron darles con motivo de la muerte de su inolvidable esposo y querido padre, señor

#### *Andrés Ramírez*

*El Santuario, noviembre de 1929.*

Domitila y M<sup>a</sup> de la Cruz Ramírez

dan sus más cordiales agradecimientos a todas las personas que tan finamente han manifestado tomar parte en su duelo por la muerte de su querido hermano

Andrés Ramírez

El Santuario, noviembre de 1929.

Policarpo Ramírez y Señora

agradecen sinceramente a todas las personas que por medio de visitas, tarjetas, o de cualquier otra manera, demostraron hacerse partícipes de su pena por la muerte de su hermano ANDRES RAMIREZ.

El Santuario, noviembre de 1929.

Jesús María Ramírez y Señora

dan sus agradecimientos muy sinceros a todas las personas que bondadosamente han manifestado tomar parte en su justo duelo por la muerte de su querido hermano

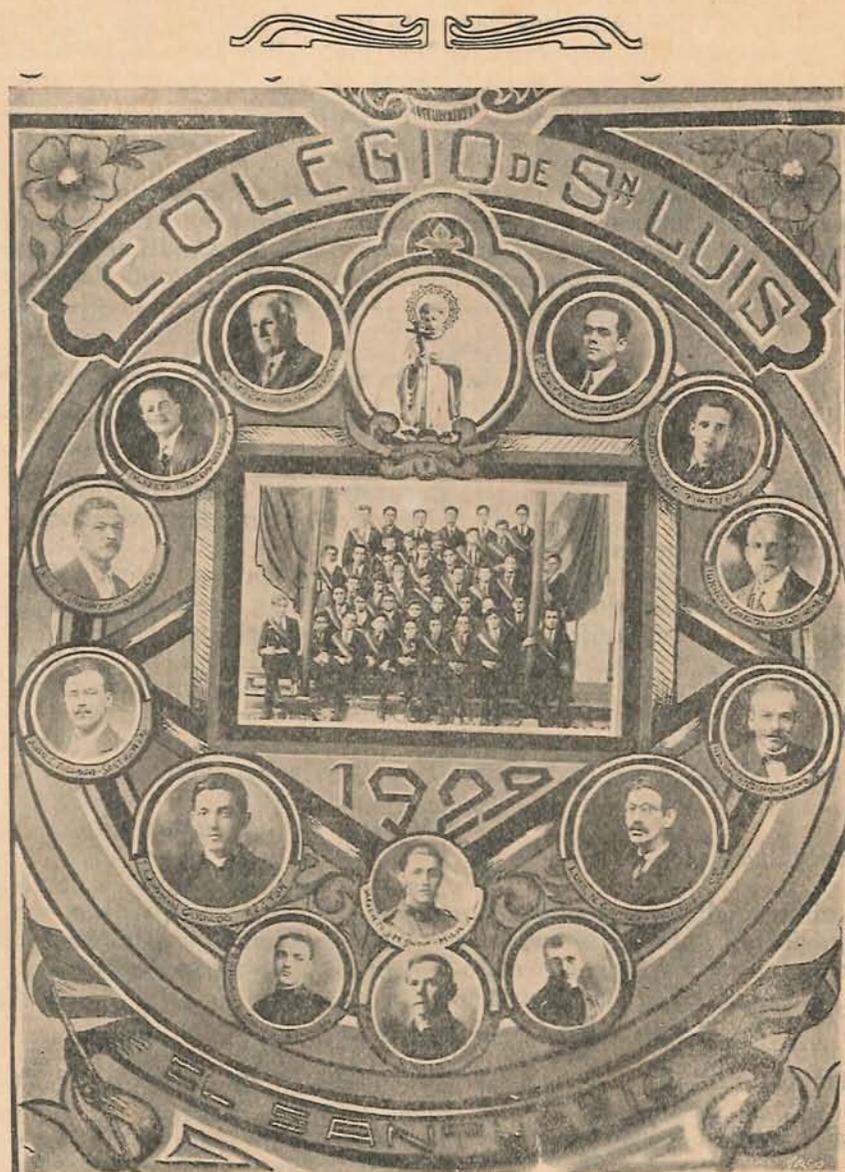
ANDRES RAMIREZ

El Santuario, noviembre de 1929.

EUSEBIO MARIA GOMEZ R.

agradece de la manera más cordial al Sr. Inspector Provincial y al Liceo Pedagógico de este Municipio, la honrosa designación que le hicieron para dedicarle la "Fiesta del Maestro", y lo mismo agradece a todos los que de cualquier manera contribuyeron para los festivales, y al Sr. Secretario de Educación Pública y demás personas que lo felicitaron por medio de telegramas, cartas y tarjetas.

El Santuario, noviembre de 1929.



## Colegio de Sn. Luis Gonzaga

que regenta con gran acierto el

R. D. José Joaquín Giraldo.

## Socios de San Luis Gonzaga

Es causa de profunda alegría el entusiasmo que se va notando día por día en los jóvenes santuarianos para cumplir con sus deberes como socios de San Luis Gonzaga; puede asegurarse que en estos pocos meses que llevamos desde que pasaron las Bodas de Oro de la Sociedad, se ha duplicado el número de los que reciben la Sagrada

Comunión los cuartos domingos; y bien sabemos que este es el termómetro para apreciar el mejoramiento de los pueblos.

### Invitación

A pesar de todo, tenemos que repetir las palabras del Buen Pastor: "También tengo otras ovejas que no son de este redil. Y también

a esas tengo yo que recogerlas; y oirán mi voz, y se formarán un redil y un Pastor". Sean pues los jóvenes santuarianos que a todos los llama el Señor a que militen bajo la bandera gloriosa de San Luis Gonzaga; los recibiremos con los brazos abiertos porque los amamos con toda el alma.

El Director.

## El dulcísimo Nombre de María

"San Bernardo, que no malogra ocasión de manifestar los ardores y los tiernos afectos de su corazón para con nuestra queridísima Madre la Santísima Virgen María, aludiendo al sonido y significado de su nombre, como también a lo mucho que sirve a los navegantes la estrella que llaman del Norte, siendo ella la que dirige sus rumbos, explica elocuentemente lo mucho que debemos esperar de la asistencia de María, si profesamos tierna y afectuosa devoción a su santo nombre. Este nombre, dice, fuera de significar reina, señora y soberana, significa también ESTRELLA DEL MAR. Es María aquella resplandeciente, aquella brillante, aquella célebre estrella de Jacob, cuya luz baña a todo el mundo, cuyo resplandor se eleva hasta el mismo cielo, penetra los abismos, y derramando sus benignas influencias sobre la tierra, calienta los corazones más que los cuerpos, fomenta las virtudes, y deseca el vicio hasta dejarle sin vida. . . . Si soplaran furiosos los vientos de las tentaciones; si fueres ya como a estrellarte contra los

escollos de las tribulaciones y de las adversidades, levanta los ojos a esta estrella, invoca el nombre de María. Si te consume el fuego de la cólera, si el maligno espíritu de la avaricia te devora, si el orgullo excita en tu corazón peligrosas tempestades, si la concupiscencia te pone a riesgo de padecer triste y miserable naufragio, recurre a María. Si te conturba el horror de tus pecados, si tu conciencia se estremece a vista de su gravedad y de su número, si el temor de los terribles juicios de Dios te induce a desesperación, y a vista de ellos desmaya en tu corazón la confianza, pon la consideración en María; este santo nombre sosegará tus sobresaltos, y despertará tu confianza y tu amor. En todos los peligros de la vida, en todos los tropiezos de esta peligrosa carrera, en los negocios espinosos, en los más azarosos accidentes acude a María, invoca a María: no se caiga de tus labios este santo nombre, y esté perfectamente grabado en el centro de tu corazón".

(Tomado del Año Cristiano)

## El mejor negocio

Es tan bella nuestra Sacrosanta Religión; es fuente de tantos bienes temporales y eternos; hace tan llevadera la vida; alumbrá tanto el entendimiento, y enciende tanto el corazón de los hombres, que puede asegurarse que quien la conozca bien, tendrá buen cuidado en obrar de acuerdo con las reglas que ella da para alcanzar la felicidad verdadera.

He aquí la razón evidente de la obligación que tenemos de trabajar con suma actividad por que todos aprendan bien el catecismo. *Si todos los padres de familia lo supieran como deben y lo enseñaran cuidadosamente a sus hijos, cuántos males se impedirían.*

Tenemos que darnos cuenta de que es una obligación de conciencia y una necesidad ineludible para alcanzar la salvación, que es el único negocio importante de los hombres.

Los padres de familia, si quieren estar tranquilos, deben asegurarse de que sus hijos concurren al catecismo que se enseña en la Iglesia, y no permitir que durante este tiempo permanezcan en la calle.

De todo esto concluimos que qui-

zá no haya una obra más bella y más agradable a los ojos de Dios Nuestro Señor que contribuir en cualquier forma que sea a la enseñanza del Catecismo; los que están imposibilitados para ser catequistas, pueden ayudar con sus limosnas y estar seguros de que por ello recibirán una recompensa abundantísima.

Sacerdos.

## Nacimientos en Octubre

María Alicia, de Heliodoro Montoya y Clara Montoya; María Graciela, de Francisco Castaño y Sixta T. Zuluaga; Francisco A., de José M. Arcila y Carlina García; Carlos E., de Pedro A. y María J. Gómez; María Celia, de Miguel Franco y María Castaño; Pedro A., de José D. Aristizábal y María Ramírez; Rosario, de José J. Gómez y Teresa Botero; Apolonia, de Antonio Ocampo y Carlina Giraldo; Carlos E., de Rosendo Zuluaga y Ana J. Giraldo; Julio E., de Jesús A. Suárez y Clara R. Gómez; Francisco Ernesto, de Arpido Montoya y Enriqueta Ocampo; María Isabel, de Camilo Aristizábal y Laura R. Zuluaga; Berta Libia, de Miguel Giraldo y

Carmen J. Gómez; Luis Angel, de Marcos Ramírez y Concepción Pineda; Pedro, de Gregorio Serna y Bertilda Hoyos, Carmen Emilia, de Pedro Giraldo y Ana Julia Zuluaga; Berta Otilia, de Martín y Julia Zuluaga; María, de Pedro Giraldo y María J. Botero; Teresita del N. J., de José J. Serna y Clementina Salazar; Francisca Elbio, de Andrés Hoyos e Ismenia Zuluaga; María A., de Bertulfo Pérez y María Salazar; María Bernarda, de José D. Ortiz y Carmen Duque; María Susana, de José J. Mejía y Teresa Alzate; Jorge Aníbal, de Pablo Quintero y Concepción Calderón; Manuel J., de Julio Gómez y Carmen R. Botero; Ester Judit, de Pedro Posada y Santos Narváez; Francisco Luis, de José D. Gómez y Mariana González; Francisco Luis, de Julio Giraldo y Rosalina Aristizábal; Manuel E., de Eusebio Giraldo y Tullia Quintero; Laura R., de Eulogio Jaramillo y Chiquinquirá Duque; Rosa M., de Francisco Duque y María E. Zuluaga; Juan de J., de Gregorio Posada y Carlina Cardona; José I., de Juan Arcila y Clara E. Duque; José I., de Miguel Gómez y Rosario Ramírez; José Jesús, de Juan de D. Ramírez y Mercedes Orozco; María Elbia, de Jesús y Ana R. Muñoz; Francisco J., de Pedro y María Jesús Gómez; Luis Efrén, de Arpido Ramírez y Julia Aristizábal; Nicolás, de José Quintero y María de la C. Cómez; Jesús A., de Juan de la C. Duque y Amelia Aristizábal; María R., de Rafael Zuluaga y Dolores Montes; María de los D., de Alfredo Nichols y Soledad Giraldo; Delio Alfonso, de Carlos Duque y Ernestina Gómez; Juan Emigdio, de Juan E. Valencia y Socorro Restrepo; Argemiro, de Antonio Pineda e Isabel Betancur; María R., de José M. Ramírez y María de la P. Quintero; María Ester Herminia, de Guillermo Gallego y Natividad Agudelo; María D., de Luis Duque y Rosario Jiménez.

Defunciones: 5 adultos y 7 niños.

El Santuario, Diciembre de 1929.

Alfredo Nicholls A. y Señora

dan los más sinceros agradecimientos a todas las personas que en una y otra forma se dignaron hacerles manifestaciones de condolencia con motivo de la reciente muerte de su hija Isabel, y muy distinguidamente a la culta y atenta sociedad del Santuario.

# Pedro Claver Gómez

ABOGADO TITULADO

---

Ofrece sus servicios profesionales.

Especialidades: Civil, Penal y Administrativo

Redacción de pólizas, Sucesiones,

DEFENSAS ANTE JURADO

y ante los Jueces de los Circuitos y Municipales.

PRECIOS RACIONALES

Oficina: Carrera Carabobo, Edificio Quevedo, frente al

Palacio Nacional en construcción.

Dirección telegráfica: CLAVER

Medellín-Colombia

---

# Importante

---

Ampliaciones, reproducciones, desarrollo e impre-

sión de películas, pintura artística, lápidas, etc. a

precios sumamente bajos y con toda clase de ga-

rantías en la fotografía de

**Floro Ezequiel Zuluaga**

SANTUARIO